

En efecto, decia algunos señores presentes de quienes
pastores y jueces capellanes, como que se trataba del
necio de un mundo, el cual, por el momento de la
de ese hombre, cuyos principios me habian estado
dos en un caso, precisamente en el salon interior, en un
departamento de la ciudad.

Continuaba la conversacion, y en los inter-
valos a los compases de la musica, se iban de sus
intermitencias, hombres y mujeres, concurriendo en
tan de parte el sonido del organo.

Ello es que en el momento de la conversacion
se habian los señores, circunscritos a
Repugnante escena de boxeadores.—Otra vez la calle de
Broadway.—Los mendigos trapientos.—La mujer.—La
"lady."—Lujó en el vestir.—Union Square.—Fábricas
de pianos.—Hotel Delmónico.—Joyería de Tifany.—Ob-
servaciones arquitectónicas.—Estatuas.—Washington.

Estas dos horas se las pasó yo, y de repente al-
gunas la parte superior del cuerpo con sus
cometas sujetas a las puntas de los dedos de la mano.

SERIAN las tres de la tarde cuando me tomó de la ma-
no la curiosidad para presenciar una escena, mejor di-
cho, varias escenas, ó sea una corrida de boxeadores.

Era uno de los *bar-room-theatres*, á que ya habia asistido ;
las bancas del teatro estaban ahora á guisa de salon, y en la
galería circulaban, como en la noche, entre damas y galanes,
las provocativas sirvientas de licores, refrescos, ostras, piés
de puerco y jamon.

Era aún la hora del canto y las representaciones ; el pú-
blico veia y escuchaba impaciente, porque lo llevaba el in-
terés del pugilato.

En efecto, decia algunos señores presentes de quienes
pastores y jueces capellanes, como que se trataba del
necio de un mundo, el cual, por el momento de la
de ese hombre, cuyos principios me habian estado
dos en un caso, precisamente en el salon interior, en un
departamento de la ciudad.

Continuaba la conversacion, y en los inter-
valos a los compases de la musica, se iban de sus
intermitencias, hombres y mujeres, concurriendo en
tan de parte el sonido del organo.

Ello es que en el momento de la conversacion
se habian los señores, circunscritos a

XVII

Repugnante escena de boxeadores.—Otra vez la calle de
Broadway.—Los mendigos trapientos.—La mujer.—La
"lady."—Lujó en el vestir.—Union Square.—Fábricas
de pianos.—Hotel Delmónico.—Joyería de Tifany.—Ob-
servaciones arquitectónicas.—Estatuas.—Washington.

SERIAN las tres de la tarde cuando me tomó de la ma-
no la curiosidad para presenciar una escena, mejor di-
cho, varias escenas, ó sea una corrida de boxeadores.

Era uno de los *bar-room-theatres*, á que ya habia asistido ;
las bancas del teatro estaban ahora á guisa de salon, y en la
galería circulaban, como en la noche, entre damas y galanes,
las provocativas sirvientas de licores, refrescos, ostras, piés
de puerco y jamon.

Era aún la hora del canto y las representaciones ; el pú-
blico veia y escuchaba impaciente, porque lo llevaba el in-
terés del pugilato.

En efecto, decían algunos sesudos personajes de gruesos bastones y luengas cabelleras canas, que se trataba del beneficio de un *boxeador* célebre, ornamento de la sociedad de ese nombre, cuyos principales miembros estaban retratados en un cuadro, precisamente en el salón inferior, en un departamento distinguido.

Continuaban las representaciones teatrales: en los intervalos, á los compases de la música, saltaban de sus asientos, intempestivamente, hombres y mujeres, convirtiendo en salón de baile el saloncito del espectáculo.

Llegó al fin el momento deseado: levantóse el telón, se retiraron los bastidores, colocáronse, circundando el escenario, robustos postes de madera que sustentaban los gruesos cables de que se improvisó el circo para las escenas salvajes.

Reinó profundo silencio, y apareció la primera pareja.

Eran dos hombres ya formados y de aspecto vulgar.

Cubierta la parte superior del cuerpo con sus ajustadas camisetas, sujetos sus pantalones negros de paño á su cintura por sus caídos tirantes, cuyo uso es aquí muy común.

Entre los dos hombres había un anciano de largo levitón, cariacontecido, con su sorbete hácia atrás y sus canos cabellos cayéndole á la espalda: abajo del tablado se veía otro personaje en pié, que según dijeron, era el dueño del negocio, jefe de los boxeadores y como juez del palenque.

Hombres y mujeres mostraban atención extrema.

Pusiéronse frente á frente los atletas: sus manos habían desaparecido bajo amplios y abultados guantes de gamuza amarilla, rellenos de lana y terminando en punta, de suerte que, al ménos, el guante no se contraía.

A un grito de mando, se dieron la mano cordialmente los combatientes, y comenzó la pelea.

Seguíase uno á otro como en la esgrima, espiando un instante en que disparar sus puños, perdían y ganaban terreno, braceando como dos nadadores: de repente uno embestia al otro, ó recíprocamente se acometían, descargando en ojos, en boca, en narices, sendos golpes que resonaban; repetíanse los encuentros, y en las vacilaciones y caídas, el público reía y aplaudía, como en un palenque de gallos.

Al ver á los boxeadores fatigados, se oía un grito; era del jefe: entónces se retiraban á los lados del teatro, jadeando; les suministraban traguitos de agua, los dejaban reposar y seguía el combate.

Pero aquellos golpes azotaban el rostro, se veía enrojecida la piel, se percibía pestañando el ojo lastimado, y el público quería catástrofe, con descontento brutal.

Así se sucedieron las parejas, hasta la última, que era de los más afamados.

Eranse un jóven delgado, chato, de mediana estatura, cabello y ojos negros, y un hombre amarillo de carnes, de pelo lacio, anchas espaldas, y mirada indolente. Ambos combatientes vestían carnes. Restregaron con sus piés una poca de brea en polvo derramada sobre las tablas, y se lanzaron á los porrazos.

Llovían y retumbaban sobre los cuellos y los rostros las guantadas, se evitaban los golpes escabullendo los cuerpos, y enderezándose para caer furiosos uno contra otro, mendeaban cachetadas y reaparecían como devorando el hombre al hombre, en el espectáculo más repugnante y salvaje.

Se retiraron los boxeadores á tomar aliento: el viejo del

leviton, que sobre el palenque habia seguido las peripecias, acudió con limones partidos, los exprimió en los labios de los embestidores, y les dió tragos de agua: despues, con una toalla, les hacia aire en los rostros, que despedian llamas.

Renováronse los encuentros feroces, con más brutales peripecias; entónces las mujeres y los niños aplaudian, oíanse furibundas carcajadas, estallaban estrepitosos palmoteos; y lo que á mí me tenía estupefacto, era que aquellos hombres que se embestian, que se azotaban los rostros y que mostraban los ojos amoratados, tenían la mirada impassible, solian sonreír despues de recibir un manazo que al espectador horripilaba; en los descansos se les veía como pensando en sus negocios, sin cuidarse ni del público, ni de la suerte que corrían su cuerpo y sus narices.

La descripción es descolorida y fría: el espectáculo en sí no tiene comparación.

Uno de los *amateurs* de la lucha, que los hay como los soltadores de gallos y los chalanés corredores de bestias, decía que aquello no era sino el gimnasio con interés dramático; pero el interés es demasiado vivo.

¿Qué espectáculo es ese en que el triunfo es humillar á un semejante con remedos de injurias y de muerte? ¿qué diversión puede presentar esa pantomima de la ira y llevar la explotación hasta desnaturalizar á la mujer y al niño?

La lucha es la ostentación de la fuerza, que al fin es como una distinción de la naturaleza: la carrera es como el triunfo de la organización sana y entera: la lucha con la fiera puede ensalzar el arrojo temerario; pero esto es el asco del alma, el cinismo de la degradación, el escupitajo á la frente de la fraternidad y la civilización.

Acaso son exageradas estas consideraciones; acaso la sublección de mi razón y de mis nervios me hace injusto; pero yo, en mi vida, me habia sentido más sucio de alma y más despreciable, que en el espectáculo de boxeadores.

Acabó la función y los cables del circo se convirtieron en barandilla de tribuna en que se anunció la más cumplida diversión para la semana próxima, premios y recompensas á los vencedores, sin permitirse guante acolchado.

—¿Cómo tienen cara estos hombres de censurar las corridas de toros? decía uno de nuestros compañeros al salir de la diversión.

La preocupación de los animales de figura humana á quienes ví combatiendo, me tenía taciturno, no obstante que el estrépito que habia en mi alrededor en la calle de Broadway era desusado, y más que nunca se ostentaba caudalosa la concurrencia.

Ya he dicho que la parte de banqueta pegada á los edificios en Broadway, es un escalon en que están expuestas las mercancías á granel, y expuestas en tripiés, en bastidores, en nichos, ya levantándose columnas de casimires de cuatro y cinco varas, ya descendiendo de los dinteles de las puertas, como chorros y cortinas de agua musolinas y percales.

Yo ví como anuncios dos colosales espejos formando caballete, y á un americano muy sério componiéndose el caballo y arreglándose la corbata, como en su casa.

Parte de la calle estaba como nunca: habia máquinas de coser moviéndose solas; aros con cadenas y medallones girando sin cesar, cabezas en las peluquerías, que daban vueltas, fuentes pequeñas que corrían tras los cristales de las

fondas, y cilindros y cajas de música enviando á los transeuntes las notas de Offembach y de Lecoq, como desesperadas de que nadie les hiciese caso: la concurrencia corría como para verse enamorada de sí misma.

Yo no sé propiamente por qué ni con qué fundamento me había figurado en los Estados-Unidos un tipo único: el tipo del yankee; es decir, rubio, delgado, fornido, de largas piernas y colgantes brazos, con sus mejillas escarlatas, su sombrero como de trapo, y sus piés anunciando su personalidad, con cinco minutos de anticipación, al cuerpo del individuo.

Ese tipo arbitrario que nos hemos formado con la vista de los carreteros y gente ordinaria que viaja por nuestro país, casi no existe en la parte central de la ciudad.

Por el contrario, muchos hombres de tez morena, de cuerpo mediano, de pobladas barbas negras y de tipo latino, destruyen aquella caprichosa creación.

Pero el dominio del traje negro, su elegancia, el cuidado en el lustre de las botas y en el acicalamiento del sombrero, y el andar precipitado de todo el mundo, son caracteres con que no se contaba, y da cierto aire dominguero y de festín al concurso, muy agradable, pero no extraordinario en cuanto á su fisonomía personal.

Parece por lo dicho, y de un modo tan superficial como lo hago, que no existen los pobres. Los mendigos no ejercen su profesión mostrando llagas ni deformidades; tocan un órgano en el quicio de una puerta, rascan el violín en una plaza, llevan al pecho una tarja escrita, contando la vida de San Alejo, y ponen á su frente un cuartillo de hoja de lata para que allí deje sus centavos el que quiera.

Los tipos de la gente abandonada y viciosa, mas bien que pobre, resaltan por el mismo contraste que forman. Son rostros tostados y rajados por el *wiskey*, trapos que fueron paletós, sacos y chalecos musgos, llovidos, y de una mugre grasosa sobre la piel, fragmentos de calzado como costras de los piés, sombreros con vahidos, cuellos como de llama, con un aro de lienzo, que es cuello, según el testimonio único del propietario: esos se suelen acercar pidiendo, pero disimulando, porque la policía tiene ojos de lince.

Donde se puede decir que reside lo característico de la concurrencia de esta ciudad, es en la mujer, que descuella libre y grandiosa, floreciendo como yo no había visto jamás.

No se trata de prendas morales ni de comparaciones de belleza física; se trata de la elegancia del vestir y la hermosura considerada bajo el punto de vista artístico.

La mujer es alta, sus formas tan correctas y bien repartidas, que se adivina, al través del traje, la perfección de líneas y contornos.

El búcaro de alabastro interceptando la luz de la llama, apenas podría dar idea de su blancura, bajo cuya nieve, al deshacerse, sonríen los pétalos de la rosa. El óvalo perfecto del rostro, sobre cuya frente, en cascadas de oro, tiemblan espumas de delicados rizos, tiene cierta elevada fiereza, que subyuga; cae sombreada su mirada por pestañas como aureola de luz, y de sus frescos labios se desprende el reflejo de su dentadura de marfil, como iluminando sus sonrisas. Son grandes las manos, pero artísticas. . . . No hablo de los piés, porque esos piés no pertenecen al bello sexo.

El traje vulgar de la *lady* en el paseo que vamos dando, es negro ó de color, pero de seda. El talle es perfectísimo,